

El «reflejo condicionado» nacional

Por RAFAEL GAMBRA

Llegará un día en que los historiadores y el común de los mortales se asombrarán de que los pueblos, en nuestra época, hayan podido gobernarse por esto que llamamos «democracia». Y también de que haya podido llamarse democracia —en forma unánime e indiscriminada— a esta lucha de profesionales de la política que no deja al *demos* o pueblo otra participación en el gobierno ni otro derecho político que el de depositar de tiempo en tiempo una papeleta en una urna.

Causará pasmo a nuestra posteridad que en algún tiempo se haya aceptado que la soberanía y la ley nacen de la voluntad general, que los fundamentos mismos de la verdad y del bien dependen del sufragio, y que toda convicción religiosa y toda lealtad histórica hayan sido reducidas a meras opiniones individuales computables con las demás posibles.

No menos asombroso resultará que en ese cómputo de pareceres sobre los más altos principios de gobierno y de moral se valore lo mismo el voto de un sabio que el de un ignorante, el de un alto profesional que el de un deficiente mental no declarando. Y resultará igualmente incomprensible que se haya prescindido en el gobierno de los pueblos de toda noción de continuidad y objetividad para someterlo todo a los periódicos cambios de humor y a los bandazos políticos.

Pero en esta serie de enormidades, pienso que lo que mayor asombro causará a nuestros descendientes será el uso práctico que en este siglo se hace de tal sistema. Hasta lo dicho, aún podría nuestra posteridad dar una cierta explicación posible a esta delirante democracia de los siglos XIX-XX. No por la vía de un ideal humano de libertad y racionalidad, sino por la de un recurso de emergencia ante carencias muy graves: fue una época —podrán pensar— en la que hasta tal extremo fallaron los hombres y los pueblos en una fe religiosa y cósmica, que hubieron de recurrir, para vivir juntos, a la luz de la razón más o menos difusa en las mentes de los individuos. A falta de otra referencia externa y superior, hubo de apelarse a la mayor coincidencia de pareceres entre los hombres para establecer unas normas, aunque fueran efímeras, de gobierno moral y político.

Pero no; tampoco suceden las cosas así. La preparación del sufragio, lo que llamamos *consensus* a la voluntad popular, la «propaganda electoral», no se hace llamando a la serenidad del juicio de cada uno, a la prudencia que debe guiarlo para dar origen a una libre volición, sino que se realiza excitando las pasiones en una loca algarabía, apelando al aturdimiento de los «slogans», condicionando reflejos o haciendo actuar al subconsciente, apasionando por personalidades políticas, creando ciegas dependencias de grupos o partidos... Esta *praxis* universal e indisimulada de la «democracia moderna» es lo que acabará de desconcertar a nuestros descendientes, y les hará pensar en la «locura colectiva» de aquella época, la nuestra.

—O—

A principios de este siglo, un psicólogo ruso —Pavlov— investigó detenidamente el acto reflejo y su condicionamiento. Reflejo es la respuesta me-

cánica, uniforme e involuntaria del organismo ante un estímulo exterior, tal como la insalivación en presencia del alimento o la retracción muscular ante un objeto peligroso. Estos movimientos reflejos pueden *condicionarse* a estímulo diferentes de los normales, como un sonido o una luz de uno u otro color que se antepone a la aparición del alimento o del castigo corporal. Por este procedimiento se pudo, en un principio, estudiar la psicología de los animales, obteniendo, con pruebas objetivas, fehacientes, datos sobre su capacidad de percepción auditiva, de discriminación cromática, etc.

Más tarde, y mediante una interpretación del lenguaje como sistema de estímulos y respuestas, se pretendió hacer del reflejo y su condicionamiento la explicación básica de los comportamientos psíquicos superiores, de todo fenómeno psíquico. El reflejo ha ocupado el mismo papel de elemento básico que en otro tiempo tuvo la sensación simple (en el empirismo) para explicar mecánica o asociativamente toda la vida psíquica.

Al mismo tiempo, otro psicólogo —el judío vienes Segismundo Freud— estudiaba el *subconsciente* psíquico y la función en el mismo de la *libido* para constituirlo también en clave explicativa de la vida humana en sus varios niveles. Como consecuencia de una y otra teoría, la técnica de influir sobre los hombres —la propaganda y la publicidad— ha experimentado un cambio radical. La publicidad no se dirige ya a la razón, sino al subconsciente o al condicionamiento de reflejos. Para difundir un producto cualquiera en el mercado no se explican ya sus ventajas y virtudes —aquello que la razón puede comprender y valorar— sino que se procura la repetición ilimitada de su nombre hasta convertirlo en estímulo de un acto reflejo, o se asocia su título o imagen con una imagen sexualmente atractiva.

Las mismas técnicas se han aplicado hoy a las propagandas políticas que preceden a los comicios electorales. La «voluntad general» —esa fuente sagrada del derecho y del poder— se prepara como la difusión de un producto industrial cualquiera, con iguales métodos. En torno a palabras previamente magnificadas como «democracia», «libertad» se forman *slogans* fáciles y sonoros con los nombres del partido o del candidato. El aspecto físico de éstos será utilizado para captar al electorado femenino, y el de la presentadora en TV para el masculino. Así se venderá centro o socialismo como se vende Coca-Cola o Jabón Lagarto. (Democracia es libertad; Centro es libertad; Suárez es Centro; Suárez es Democracia; Suárez es Libertad, etcétera.)

—O—

¿Qué queda en todo esto de aquel —ya de suyo inverosímil— recurso a la voluntad general? ¿Qué queda de racionalidad, origen de la volición libre en el proceso subconsciente que condiciona un reflejo?

En rigor debería hoy hablarse, no de la voluntad nacional, sino del «reflejo condicionado nacional». El asombro de nuestros descendientes será total, sin remisión ni posible óptica justificativa.